

Adiós

HOY vuelvo a decirte

¡adiós!

con el pañuelo de mi sangre:

abro las puertas del olvido

y de las rosas por que pases.

Hoy vuelvo a decirte

¡adiós!

con el pañuelo de mi mano:

voy tierra adentro de mi vida.

en un misterio consagrado.

Hoy vuelvo a decirte

¡adiós!

como una luz de última llama,

como esa muerte que se esconde

tras los rincones de mi alma.

Hoy vuelvo a decirte

¡adiós!

con un pañuelo azul de cielo

y cierro páginas del libro

que todavía estaba abierto.

Jesús Delgado Valhondo

LA HIGIENE DEL IDIOMA

Por CARLOS CALLEJO

(«OMAR EL ZEGRI»)

Dedico este trabajo a *Un Aprendiz de Hablista* con admiración y aplauso para su campaña profiláctica en estas mismas columnas.

No se puede recetar sin haberse licenciado en Medicina ni construir puentes, tender líneas eléctricas o excavar minas sin haber acreditado y ganado un título suficiente. Para el ejercicio de las artes hace falta preparación adecuada, pues es imposible pintar o esculpir sin haber aprendido, aunque sea elementalmente, los secretos de la técnica, ni componer música sin saber cuando menos tañer un instrumento y lo más elemental del solfeo. Únicamente la Literatura, entre todas las actividades y trabajos humanos, está de par en par abierta a todo el que disponga de un lápiz y un papel. Por este motivo la Literatura es la que tiene que cargar con el más voluminoso fardo de gente sin preparación. Forman mayoría entre nuestros conocimientos las personas que retrocederían ante la idea de actuar en el teatro, cultivar tulipanes o condimentar una paella. En cambio no sé de nadie que no se crea plenamente capacitado para escribir.

Tan curioso fenómeno no tendría consecuencias graves si no fuera por que este tipo de carácter universal consigue frecuentemente contagiar su creencia a otra persona que está en condiciones de dar a la luz los engendros del primero. Mediante este proceso se hace posible que no abramos un periódico o revista y que pocas veces hojeemos un libro sin hallar nutridos lotes de disparates, de injurias al idioma, de torpezas gramaticales o retorcimientos de redacción, de errores históricos o científicos.

Todo el que escribe para que lean muchos tiene el oficio de maestro y es imprescindible que posea una extensa cultura para no inducir a error a los que, leyéndole, confían en él. Por lo menos debe dominar el tema sobre que diserta y la forma de que no se descubra su ignorancia sobre los demás, amén de expresarse con propiedad, claridad y corrección ya que no siempre con elegancia y galanura. Pero estos axiomas parecen letra muerta y así es como entre las líneas impresas saltan a nuestro paso los gazapos y las liebres con una abundancia que para sí desearan los discípulos de Diana. Este confunde Marruecos con Argelia, aquél transcribe los nombres árabes con ortografía francesa, estotro pone a Felipe IV en el siglo XVI, el de más allá emplea una palabra para expresar exactamente la idea